

La dominación a través del discurso: el concepto “anti-sistema”

Julia Nuño de la Rosa¹
Joseba Fernández²

Resumen: En este artículo conceptualizamos a los *mass media* como dispositivos sociales de control destinados a reproducir una violencia simbólica que pretende mantener los esquemas de dominación derivados del consenso entre dominantes y dominados. En este contexto, analizamos cómo el término “antisistema” es utilizado por los medios de comunicación de masas, en un sentido claramente peyorativo, para designar a los colectivos que se posicionan en contra del funcionamiento del sistema político y económico actual. Así, intentaremos vislumbrar cómo el discurso dominante consigue crear una vinculación directa entre los grupos que llevan a cabo acciones violentas en las movilizaciones y los movimientos sociales de protesta. El principal objetivo de esta forma de control social es conectar la protesta social con la violencia, y en última instancia, conseguir la criminalización de los movimientos sociales. Argumentamos que este control social persigue luchar contra la idea misma de movilización a favor de un sistema económico alternativo.

Palabras clave: antisistema, violencia, mass media, dominación, movimiento social.

Abstract: In this article we conceptualize the mass media as devices for social control oriented to reproduce a symbolic violence that seeks to maintain the patterns of domination derived from the consensus between rulers and ruled. In this context, we analyze how the term “anti” is used by the mass media (in a pejorative sense) to name those groups positioned against the current political and economical system. We claim that this hegemonic discourse is able to create a direct association between the groups that practice violent actions in social mobilizations and the whole movement of protest. The main goal of this form of social control is to connect social protest with violence and ultimately to achieve the criminalization of social movements. We argue that this social control seeks to fight against the idea itself of mobilizing in favor of an alternative economic system.

Key words: anti-system, violence, mass media, domination, social movement.

LAS FORMAS DE CONTROL SOCIAL DE LA PROTESTA:
LOS DISPOSITIVOS MEDIÁTICOS

En cualquier conflicto social, en la dialéctica construida entre autoridades públicas y movimientos sociales, se produce la intervención, más o menos autónoma, de los

¹ Universitat Pompeu Fabra.

² Universidad del País Vasco UPV-EHU.

medios de comunicación de masas. Esta intervención, junto a las medidas de control de la protesta en clave securitaria (*policing of protest*), tienen un impacto directo sobre cómo evolucionan las dinámicas y los procesos de movilización emprendidos por los sujetos sociales constituidos en movimientos sociales.

En una era marcada (pero no determinada) por lo simbólico, el lenguaje y la imagen, la importancia de la relación entre los medios de comunicación y los emergentes antagonismos sociales es clave para entender los conflictos sociales actuales, así como para interpretar cómo son expuestos ante las opiniones públicas. Así, la relevancia de los medios de comunicación como mecanismos generadores de “estados de opinión” sigue siendo fundamental, a pesar de las posibilidades evidentes que abren las nuevas fórmulas y herramientas tecnopolíticas como potenciales espacios de contrapoder. Sin embargo, los dispositivos de control socio-mediáticos se ponen en marcha no sólo para inhibir los discursos y las prácticas de emancipación y asegurar, así, la dominación de las estructuras de poder, sino también para delimitar los campos en disputa en un conflicto social determinado. Bien sea simplificando los diferentes intereses en disputa, ridiculizando a los adversarios o, simplemente, trasladando una imagen distorsionada de la evolución del conflicto. Todo ello, en el caso de los *mass media*, tratando de consolidar hegemonías sociales pasivas que refuercen la posición de las autoridades públicas frente a los desafiantes.

Se hace necesario, por tanto, situar los dispositivos mediáticos de control social de la protestas como auténticos mecanismos de dominación y determinación en los procesos movilizadores. Como veremos, la estigmatización de los sujetos antagonistas o, simplemente, el uso simbólico de la violencia como inhibidor social se constituyen en las fórmulas más elementales para alterar las posibilidades de contestación social frente al orden establecido. De hecho, los mecanismos policiales de control de la protesta y los dispositivos de control mediáticos se han convertido en instrumentos perfectamente articulados en la “administración” pública de las protestas que se han sucedido en los últimos años, como revela la demostrada infiltración de policías disfrazados de “antisistema” durante diversas manifestaciones.

LA EXPULSIÓN SOCIAL DE LA “ANORMALIDAD”: ENTRE LA ESTIGMATIZACIÓN Y LA PSIQUIATRIZACIÓN DE LA DISIDENCIA

Desde los textos de Michel Foucault somos conscientes que “psiquiatrizar” los comportamientos sociales al margen de la normatividad existente es el mecanismo básico para condenarlos a la marginalidad o, sencillamente, para evitar someterlos al juicio de la razón. Así ocurre en cualquier fenómeno o hecho social que implica una alteración de los parámetros caracterizados como “normales”. Un ejemplo reciente se ha producido en relación al atentado de un miembro de la extrema derecha noruega en Utoya. En este caso, el discurso dominante se ha encaminado a psiquiatrizar la conducta de un “loco”³. En palabras del investigador Johan

³ Caso que no ocurre respecto a atentados de origen islamista que, lejos de psiquiatrizarse, tienden a ser presentados muchas veces bajo argumentaciones tendentes a justificar la maldad intrínseca del islam.

Galtung: «La solución fácil es psiquiatrizar lo ocurrido, ver a Breivik como un loco con una adolescencia complicada. Pero entonces se pierden las ideas que hay detrás de su acto, que están en el manifiesto que ha escrito y que están diseminadas por toda Europa, incluida España».⁴

Esta expulsión de la “anormalidad” se realiza, de este modo, como dispositivo de protección frente a ideas o grupos amenazantes al orden establecido. Sin embargo, en el caso de manifestaciones contrarias al orden político-económico realmente existente hay una inversión de los términos. Lo que se patologiza, por parte de los medios de comunicación, ya no es propiamente al individuo o individuos sujetos de una acción determinada. Lo que se psiquiatriza, en este caso, es la propia idea política manifestada públicamente. Así, la despolitización que se produce de un hecho como el de Utoya se convierte en una generalización estigmatizadora en el caso de la violencia “antisistema”. En este caso, actos individuales se transforman en rasgos generales aplicables a cualquier tipo de movimiento social organizado antagonista.

Es en este punto donde podemos encontrar la referencialidad en cómo unos determinados contenidos y prácticas sociales excluyen a otras, estigmatizándolas como contrarias y opuestas al orden dominante y ocultando, en última instancia, la verdad objetiva sobre cómo las primeras se pudieron erigir en supuestamente legítimas. Esta es la fuerza interpretativa del concepto de violencia simbólica acuñada por el sociólogo Pierre Bourdieu que la define como «el modo en que los dominados aceptan como legítima su propia condición de dominación» (Bourdieu-Wacquant 1992: 167). Una violencia ejercida desde el poder simbólico que no se sirve de la violencia física si no que, por el contrario, implica la existencia de un poder legitimador que suscita el consenso tanto de los dominadores como de los dominados. Un «poder que construye mundo» (worldmaking power) en cuanto supone también la capacidad de imponer la «visión legítima del mundo social y de sus divisiones» (Bourdieu, 1984: 13). En este sentido es desde donde podemos trazar una línea de continuidad que va de Foucault a Bourdieu, quien establece, a su vez, el concepto de «reproducción de la violencia simbólica».

De esta forma, la reproducción mediática de una violencia simbólica contra las distintas formas de disidencia se vale de la reapropiación discursiva y de la capacidad de resignificación que hoy ejercen los *mass media*. Una reapropiación y una resignificación que, como veremos, se dirige hacia la expulsión social de aquellas prácticas y grupos que plantean un orden social y económico alternativo al dominante. Para ello, nada más útil (y obsceno) que la estigmatización y la psiquiatrización de quienes plantean, precisamente, romper con la lógica del consenso entre dominadores y dominados.

⁴ Las ideas de Breivik están en Europa, y también en España”, Entrevista a Johan Galtung, El País, 26/07/2011.

LOS FLANCOS EN DISPUTA EN EL MOVIMIENTO: UNA VISIÓN INTERESADA

En sus estudios basados en la teoría del “proceso político” sobre las dinámicas de la contienda política, Charles Tilly (2005) señalaba, entre otros muchos, un mecanismo recurrente en todo escenario de política contenciosa: la aparición de “flancos radicales” en el seno de los actores en disputa. Este mecanismo implica la aparición, en los conflictos socio-políticos en el que hay intereses en competencia, de grupos más radicales en cada grupo durante el desarrollo del proceso político. Así ocurre, por ejemplo, de forma sistemática en cualquier proceso de democratización. O en los ejemplos que analizaremos más adelante.

Sin embargo, más allá de esta realidad, la intervención desde los medios de comunicación y las autoridades públicas, en muchos conflictos sociales, pasa por simplificar la visión respecto a la propia genalogía o a la composición de los movimientos sociales. Una creación interesada y distorsionada respecto a la escenificación de esos “flancos radicales” destinada a trazar unas “líneas rojas” de lo que es permisible y lo que no lo es en las acciones disruptivas de un movimiento social.

De esta forma, la estrategia mediática tiende a sobrerrepresentar a los sectores más radicales del movimiento, especialmente a través de la imagen, permitiendo precisamente a estos sectores acaparar el interés público y ocultando la imagen mayoritaria del movimiento. Una estrategia que, en última instancia, busca la división del movimiento en un binomio reduccionista de los “buenos y los malos” situando en el campo de los desafiantes una problemática que casi siempre es exógena al propio movimiento.

Por otro lado, la sobreestimación mediática de estos flancos en disputa se dirige a permitir a las autoridades disponer de una mayor facilidad para proceder a la “criminalización” de las protestas, situando a los “radicales antisistema” al margen de la institucionalidad y del horizonte delimitado de lo posible. Esta capacidad desplegada por y desde los medios de comunicación de “definir la imagen pública del movimiento” implica, a su vez, establecer las protestas como una cuestión estrictamente de orden público, relegando así las razones políticas o económicas de la protesta.

Es de esta forma que la problemática referida a la violencia (que, por otra parte, no deja de ser precisamente constitutiva de lo político) se introduce en el seno del movimiento como un elemento muchas veces ajeno y sobre el que el movimiento social en liza debe posicionarse; un posicionamiento que, además, se sitúa en la dialéctica misma del adversario permitiendo, ahora sí, la efectiva división interna del movimiento en torno a una violencia disciplinaria de unos sectores sobre otros.

EL PROBLEMA DE LA VIOLENCIA

«Allí donde hay una cita de relevancia, allí están ellos, para dejarse ver, eso sí, a su manera, una manera muy sui géneris, porque siempre está arropada por el vandalismo, los actos violentos, el intento de anonimato detrás de un

pañuelo, quizá un pasamontañas. Son los “antisistema”, una suerte de grupúsculos a los que les da igual armar la bronca en el lugar en el que se celebra una cumbre del G-20, que aprovechar el desarrollo de una Huelga General, como la que se vivió aquí en España el pasado 29 de Septiembre.»

Con estas palabras comenzaba el periodista Miguel Ángel Rodríguez el programa de radio *El Asunto del día*⁵, sólo unos pocos días después de la Huelga General del 29 de Septiembre de 2010. Como ya viene siendo habitual, la noticia de la jornada del 29-S que suscitó mayores debates no tenía que ver con el paro de los trabajadores o las manifestaciones pacíficas que se habían dado en todo el Estado español, sino con los incidentes violentos ocurridos en Barcelona⁶. La noticia de los hechos aparecida en *La Vanguardia* el 30 de septiembre aseguraba que la «jornada transcurrió con relativa normalidad hasta que grupos de radicales antisistema, ajenos a los sindicatos convocantes del paro, aprovecharon la excepcionalidad del día para provocar el caos en el centro de Barcelona».⁷

La noticia, por tanto, reconocía que los “grupos antisistema” eran “ajenos a los sindicatos” y que la huelga había transcurrido con “relativa normalidad”. Sin embargo, la foto elegida para ilustrar la portada del diario era la de un coche ardiendo, que aparecía junto al titular “Huelga no general”, y varios subtítulos sobre cómo había afectado el paro a los diferentes sectores productivos del Estado. La asociación directa de la jornada de Huelga y la imagen del incidente del coche quemado, por tanto, era evidente e intencionada.⁸

Como decíamos, la vinculación directa entre los “altercados violentos” de muchas movilizaciones y los movimientos sociales que salen a la calle a manifestar su oposición a determinadas políticas gubernamentales, es una constante en los medios de comunicación de masas. Los casos de *La Vanguardia* o *RNE*, son sólo algunos ejemplos de la forma en la que se relacionan las acciones de protesta con incidentes aislados y excepcionales en el conjunto de las acciones de los movimientos. En este sentido, la aparición conjunta de los términos “violencia”, “vandalismo”, “antisistema” y “radical” en las noticias que suelen difundirse sobre este tipo de movilizaciones, parece un intento intencionado de generalizar determinadas prácticas de acción de protesta a todo un colectivo que mayoritariamente se posiciona a favor de la no-violencia.

LA UTILIZACIÓN DE LA PALABRA

El movimiento 15M, en uno de los primeros manifiestos de consenso que difundió los días posteriores al 15 de mayo, afirmaba que «el descrédito de la política ha

⁵ “Los antisistema son una minoría”, entrevista a Francisco Fernández Buey en *El Asunto del día*, Radio 5, 05/10/2010.

⁶ “Grups violents assalten el cor de Barcelona”, *Público*, 30/09/2010. En Barcelona, un grupo de manifestantes provoca el incendio de un coche de la guardia urbana, así como diferentes altercados en la vía pública.

⁷ Hemeroteca de *La Vanguardia*. Edición del 30/09/2010.

⁸ Es importante aclarar que el artículo al que hacía referencia la foto en realidad, “Los antisistema se aprovechan para sembrar el caos en Barcelona”, aparecía en un segundo plano de la portada del periódico que enlazaba a otra página interior.

traído consigo un secuestro de las palabras por parte de quienes detentan el poder». Por eso, decían, «debemos recuperar las palabras, resignificarlas para que no se manipule con el lenguaje y se deje a la ciudadanía indefensa e incapaz de una acción cohesionada».⁹

Así, vemos cómo muchos movimientos sociales, una vez que salen a la esfera pública, adquieren consciencia del poder de los medios de comunicación de masas y la clase política en la resignificación de las palabras. El uso peyorativo que desde el poder se realiza de determinados términos suele servir para desacreditar públicamente a las organizaciones que se movilizan. En este sentido, el descrédito comienza normalmente cuando los movimientos empiezan a cuestionar esferas de los poderes establecidos. Por eso, los colectivos que se declaran críticos con el sistema realmente existente y quieren ganar mayores espacios de participación ciudadana le dan mucha importancia a la recuperación del sentido de las palabras en el ámbito de la política.

Durante el curso académico 2008/2009, cuando se dieron en el Estado español algunas de las jornadas de protesta más intensas del movimiento estudiantil contra el denominado “Proceso de Bolonia”, algunas voces del mundo universitario dieron cuenta de la importancia de la manipulación de las palabras por parte de los medios de comunicación. Francisco Fernández Buey y Jordi Mir (2009), apuntaban el peligro de la generalización del uso del término “antisistema” para calificar a personas, preferentemente jóvenes, que critican de forma radical el modo de producir, consumir y vivir, que impera en nuestras sociedades, sean estos okupas, altermundialistas, independentistas, desobedientes, objetores al Proceso de Bolonia o gentes que alzan su voz y se manifiestan contra las reuniones de los que mandan en el mundo.

Así, los sucesos ocurridos el 18 de marzo¹⁰, que acabaron con una «carga policial contundente e indiscriminada»¹¹ sirvió para volver a apropiarse de las palabras y desacreditar al movimiento. Este día, algunos medios declararon que la manifestación, a la que habían acudido unas 5000 personas según los organizadores, «no fue una manifestación exclusiva de universitarios contrarios al proceso de Bolonia; se apuntaron personas de toda clase de movimientos sociales, además de *okupas*, activistas antisistema y *redskins*».

De nuevo, la generalización del término “activistas antisistema” junto con otros términos también denostados como el de “okupas” o “redskins” tenía no sólo la intención clara de criminalizar al movimiento, sino de justificar la utilización de la fuerza policial contra los manifestantes. Así, en este caso, bajo el pretexto de desarticular a los “antisistema”, se pretendía justificar la represión policial ante la opinión pública: «los jóvenes buscaban guerra y la encontraron».

⁹ Puntos de acuerdo del “Manifiesto plural Democracia Real Ya” redactado durante la madrugada del 18 de mayo en la Puerta del Sol.

¹⁰ El 18 de marzo de 2009 en Barcelona se desalojó del rectorado de la UB a los estudiantes encerrados desde hacía 4 meses como protesta al proceso de Bolonia. La fuerza policial utilizada en el desalojo provocó la convocatoria esa misma tarde de una gran manifestación en protesta por la represión policial. Esta manifestación acabó con una fuerte carga policial que provocó decenas de heridos y detenidos durante la jornada.

¹¹ Batalla campal en Barcelona tras el desalojo de los encerrados en la UB, *El País*, 18/03/2009.

ACLARANDO CONCEPTOS

Fernández Buey y Mir (2009), aclaran que hasta comienzos de la década de los años 80 la palabra “antisistema” sólo se empleaba en los medios de comunicación para calificar a grupos o personas de extrema derecha. «De alguna manera, vino a sustituir a otra palabra muy socorrida en el lenguaje periodístico: “ultra”. Pero ya en esa década la noción se empleaba principalmente para hacer referencia a las posiciones del mundo de Herri Batasuna en el País Vasco. En la década siguiente, algunos periódicos a los que no les gustaba la orientación que estaba tomando Izquierda Unida ampliaron el uso de la palabra antisistema para calificar a los partidarios de esta coalición y la mantuvieron para referirse tanto a la extrema derecha francesa adscrita al *Front National* como a la llamada izquierda *abertzale* en el País Vasco. Esa práctica se ha seguido manteniendo en la prensa aproximadamente hasta principios del nuevo siglo, cuando surgió el movimiento antiglobalización o *altermundialista*. A partir de entonces se empieza a calificar a los críticos que se manifiestan de “grupos antisistema” y de “jóvenes antisistema”».

Efectivamente, a partir de 1999, las manifestaciones de Seattle y la explosión pública del movimiento antiglobalización, el término “antisistema” empieza a generalizarse a todos los colectivos que organizan una protesta contra las grandes instituciones internacionales o los gobiernos que las sostienen. Es en este momento cuando se normaliza definitivamente el uso del término en los medios de comunicación de masas, que empiezan a incluir bajo el mismo rótulo a toda una heterogeneidad de personas que no tienen ninguna relación entre ellas.

Llegados a ese punto, Fernández Buey (2010) apunta que se hace imprescindible la aclaración de conceptos, en particular, la distinción entre aquellos a los que los medios denominan “antisistema” y los que defienden la violencia como método de acción de protesta. De esta manera, bajo el primer rótulo podríamos incluir a toda una serie de personas que se sienten alejadas de un sistema de producción y consumo que responde a la fase actual del capitalismo neoliberal, con todo lo que ello conlleva en cuanto a desigualdades e injusticia social. Bajo el segundo rótulo, por otro lado, estarían aquellos que se posicionan a favor de la violencia como táctica política, porque consideran que, efectivamente, sólo actuando violentamente se puede conseguir cambiar el orden realmente existente.

LA DISPUTA TERMINOLÓGICA EN EL MOVIMIENTO: DE LO “ANTI” A LO “ALTER”

Muchos de los movimientos sociales alternativos son denominados “anti” porque surgen en oposición a determinadas políticas o medidas gubernamentales (movimiento antinuclear, antiglobalización, antibolonia, antimilitarista, etc.), y en este sentido, nacen como movimientos de protesta. John Holloway comienza su obra *Cambiar el mundo sin tomar el poder* con un taxativo «NO» cuando afirma que la primera reacción ante lo aberrante de nuestro mundo «no es el verbo sino el grito». Para Holloway el punto de partida de la reflexión teórica es «la oposición, la negatividad, la lucha» (2002: 11). Por eso, no es extraño que un movimiento social

surja por oposición a algo. Pero tampoco lo es que, en su mayor parte, éstos acaben evolucionando hacia fases más propositivas, de búsqueda de alternativas, ya que entienden que sus reivindicaciones van más allá de una simple negación de lo establecido. En este sentido, es habitual que los colectivos no se sientan representados por el calificativo “anti” y busquen otras formas más positivas de denominarse.

Como hemos visto, normalmente son los propios medios de comunicación los que ponen la etiqueta de “anti” a los movimientos de protesta, a la vez que los acusan rápidamente de poco propositivos. Lo que viene siendo habitual en este sentido, es que, cuando el colectivo pasa de una fase más crítica (“anti”) a la elaboración de propuestas (“alter”), sean los mismos medios los que dejen de apuntar con sus focos al colectivo.

El movimiento antiglobalización es un claro exponente de esta dinámica. Desde sus primeras apariciones en público es etiquetado como “antiglobalización”, haciendo referencia a su oposición a las políticas económicas llevadas a cabo por los gobiernos y organismos internacionales de la llamada “globalización neoliberal”. Sin embargo, como han apuntado algunos autores (Fernández Buey, 2005: 144), para muchos colectivos que formaban parte del movimiento, la designación de “antiglobalización” era algo imprecisa porque suponía una postura contra la globalización en general cuando a lo que se oponían era a la gestión neoliberal y neocapitalista de un proceso que venía de lejos. Además, la caracterización de “antiglobalización” parecía implicar una orientación exclusivamente negativa (anti), cuando uno de los rasgos del movimiento era precisamente su capacidad para hacer propuestas en positivo. De ahí que en una reunión europea del Foro Social Mundial¹², algunos de los colectivos que formaban parte del movimiento decidieran apostar por sustituir el término *antiglobalización* por *alterglobalizador o altermundialista*. Pretendían, así, hacer aún más evidente el carácter alternativo y propositivo del movimiento, destacando que no se trataba solo de protestar y resistir contra lo que había, sino de construir *otro mundo posible* (Fernández Buey, 2005: 146).¹³

Sin embargo, sustituir *anti* por *alter* no era sólo una cuestión semántica, por eso se produjo un fuerte debate en el seno del movimiento que aún está por resolver (Taibo, 2007). Pero lo más importante a destacar en este punto es que lo que realmente pretendían los *altermundialistas* con el cambio de nombre era remarcar la voluntad del movimiento de tener voz propia, y la necesidad de nombrar las cosas por sí mismos, abandonando el vocabulario impuesto e intencionado de los medios de comunicación de masas y los políticos a los que se oponían.

¹² Foro Social Europeo celebrado en París en noviembre de 2003.

¹³ Podemos ver otro caso parecido al del movimiento antiglobalización en el denominado movimiento “antibolonia”. Si bien es cierto que nace por oposición a la implantación del “Espacio Europeo de Educación Superior” en las universidades españolas, acaba evolucionando hacia la propuesta de alternativas en relación a los estudios, financiación y gestión universitaria. Por eso, muy al contrario de lo que auguraban muchos medios de comunicación, pasó de ser un movimiento “antibolonia”, a convertirse en un verdadero “movimiento universitario”, que abogaba por una educación superior pública y de calidad.

CONCLUSIONES

A lo largo de este texto hemos visto cómo los *mass media* intervienen de forma directa sobre los procesos de movilización, constituyéndose en un dispositivo para el control social de la protesta. Este control mediático se ejerce, entre otras formas, expulsando de la normatividad social aquellos patrones comportamentales que cuestionan el orden establecido, tratándolos como patológicos. Así, en el marco de la dinámica de la contienda política, los *mass media* profundizan en las divisiones propias de la heterogeneidad de los movimientos sociales, ofreciendo una sobreestimación de la importancia de los sectores más radicales de los mismos.

De esta forma, observamos cómo la utilización de términos como “radicales” y sobre todo “antisistema” para designar a los grupos que han provocado altercados en manifestaciones de protesta, pone en evidencia el intento de los medios de comunicación de masas por vincular directamente estas dos nociones.

En este sentido, la necesidad de diferenciar entre los denominados “antisistema” (aquellos que se oponen al funcionamiento del sistema económico-político actual), y los defensores de “formas de acción violentas” se presenta como algo fundamental en los medios de comunicación de hoy, si no se quiere caer en graves errores y falsas acusaciones.

Como hemos visto, el uso peyorativo del término “antisistema” que hacen hoy los *media*, parece que tiene que ver con algunas de las cuestiones que hemos ido apuntando ya, a saber: el descrédito del movimiento social, la criminalización de sus componentes y la justificación ante la opinión pública de la utilización de la fuerza policial por parte de los gobiernos de turno para reprimir las protestas. Un análisis riguroso del término “antisistema” nos lleva a la conclusión de que éste no es más que la expresión del desarraigo de una parte de la población del sistema económico, político y social que nos rodea. La crisis de las instituciones, el desagrado frente al funcionamiento de las estructuras políticas, son propias de toda una generación “antisistema” que lucha por cambiar el orden de las cosas.

Sin embargo, como hemos visto a lo largo del texto, el discurso dominante de los medios de comunicación de masas aplasta toda posible matización o concreción de las ideas y propuestas que caracterizan a los movimientos sociales de protesta. Por eso, en una pancarta desplegada en distintas plazas del Estado Español los días posteriores a la explosión del 15M, se podía leer la preocupación de algunos jóvenes (y no tan jóvenes) por recuperar ciertas palabras y resignificarlas: «No soy antisistema, el sistema es anti-yo».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bordieu, P. (1984). *Homo academicus*. Paris: Minuit.
Bordieu, P. y Wacquant, L.J.D. (1992). *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*. Paris: Seuil.
Democracia Real Ya (2011), Manifiesto plural Democracia Real Ya. Disponible en: <http://manifiestoplural.blogspot.com/2011/05/puntos-de-acuerdo-del-manifiesto-plural.html>. [Accedido Septiembre 5, 2011].

- Fernández Buey, F. (2004). *Guía para una globalización alternativa. Otro mundo es posible*. Barcelona: Ediciones B.
- (2010). *Los antisistema son una minoría*. Disponible en:
<http://www.rtve.es/alacharta/audios/radio/antisistemas-son-minoria-asunto-del-dia/894710/> [Accedido Septiembre 5, 2011].
- Fernández Buey, F. y Mir, J. (2009). ¿Es tan malo ser antisistema? *Diario Público*. Disponible en: <http://blogs.publico.es/dominiopublico/1208/%C2%BFes-tan-malo-ser-antisistema/>.
- Galtung, J. (2011). *Las ideas de Breivik están en Europa, y también en España*. Disponible en (accedido septiembre 8, 2011):
http://www.elpais.com/articulo/internacional/ideas/Breivik/estan/Europa/Espana/elpepiint/20110726elpepiint_4/Tes
- García, J. (2009). Batalla campal en Barcelona tras el desalojo de los encerrados en la UB. *El País*. Disponible en (accedido septiembre 5, 2011):
http://www.elpais.com/articulo/sociedad/Batalla/campal/Barcelona/desalojo/encerrados/UB/elpepusoc/20090318elpepusoc_4/Tes
- Holloway, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Públic (2011). Grups violents assalten el cor urbà. *Públic*. Disponible en: (accedido septiembre 5, 2011):
<http://manifestoplural.blogspot.com/2011/05/puntos-de-acuerdo-del-manifiesto-plural.html>.
- Taibo, C. (2007). Globalización, alterglobalización, antiglobalización. *Periódico Diagonal*. Disponible en (accedido septiembre 8, 2011):
<http://www.diagonalperiodico.net/article3158.html>
- Tilly, C. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer.
- La Vanguardia (2010), Huelga no general. *La Vanguardia*. Disponible en (accedido septiembre 5, 2011):
<http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/2010/09/30/pagina-1/83268736/pdf.html>.
- La Vanguardia (2011), Los antisistema aprovechan para sembrar el caos en Barcelona. *La Vanguardia*. Disponible en (accedido septiembre 5, 2011):
<http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/2010/09/30/pagina-1/83268736/pdf.html>